

Los setenta años de la Sociedad de Cirugía del Uruguay

La presencia de distinguidos cirujanos y representantes de instituciones de gran jerarquía del país hermano, allende el Plata, dan a este acto un singular relieve. Los «grandes» de la Argentina, los Arce, Chutro, Robertson Lavalle, Finochietto, Ceballos, Ivanissevich, Romano, Jorge, Mainetti, Mirizzi, Ercole, Etala, Comini, por citar algunos, nos hicieron el honor de acompañarnos en jornadas inolvidables de la cirugía local y continental. A ellos dedico, en primer lugar, estas palabras que provienen de quien, discípulo de Navarro, Lamas, García Lagos, Armand Ugón, Larghero, Del Campo y Surraco, entre muchos maestros, tiene el supremo honor de representar en esta instante a nuestra querida Sociedad de Cirugía.

*Toda historia tiene un período previo y luego circunstancias que la rodearon en una época determinada del país. La cirugía surgió junto con la existencia del hombre primitivo, que luchaba contra las agresiones más diversas de su medio, accidentes involucrados a las variantes climatológicas, ataques de bestias, fracturas por accidentes de la naturaleza, picaduras de animales venenosos, etc., creando así toda una **patología externa** que precedió por muchos siglos a la patología interna. Era tratada por procedimientos manuales, por artesanos, etc., y de allí surgieron los métodos de compresión para detener las hemorragias, los vendajes primitivos, los clásicos «chupadores» de nuestros indígenas y, sobre todo, los charrúas, que aplicaban su boca en los sitios de dolor. Crearon, además, sistemas de reducción e inmovilización de las fracturas tan frecuentes en la época, mediante tallos de palmeras y hojas, con las que las ataban y que, inclusive, sirvieron de enseñanza a los colonizadores españoles.*

La cirugía era una actividad sin prestigio, a tal punto que por mucho tiempo se denominaba a sus cultores cirujanos–barberos. Con todo, empezaron a usar las lancetas de bronce, sobre todo para el tratamiento de afecciones oculares: pero el código de Hammurabi, 2000 a.C. reconocía los castigos y las recompensas: si originaba la muerte del enfermo o vaciaban la cuenca del ojo, se le amputaría la mano, pero si el paciente era un esclavo, se limitaría a darle a su dueño otro esclavo en recompensa por la deuda.

Era tal el desprestigio que llegaron a vestirse de distinta manera que los médicos, dedicados a la misteriosa patología interna y que se suponía eran mucho más inteligentes. En efecto, los cirujanos usaban una modesta túnica blanca y corta que traducía su condición social inferior, comparable a la de los gladiadores y a los sepultureros, mientras que en cambio los médicos vestían una túnica larga y negra y un bonete cuadrado.

Si nos acercamos a la segunda mitad del siglo XIX, iniciamos el período científico con la introducción de la anestesia, de la asepsia, el perfeccionamiento de la hemostasis y del instrumental y al fin del siglo, con los progresos del laboratorio y los descubrimientos de los rayos «X» y del radium.

En el Uruguay apareció la figura de Pugnalin, italiano de origen, creador de la primera Escuela Quirúrgica que, en la Sala de Operaciones colocaba un tanque lleno de una solución de ácido fénico para desinfectar sus manos y al propio enfermo. Como dato pintoresco atribuible a la época, el

cirujano proporcionaba una copa de champán para hacer más feliz el postoperatorio. Y vino Navarro, «El Francesito», que en 1895, con un golpe certero de bisturí abrió un flemón desconocido para los médicos tratantes y así curó a Julio Herrera y Obes. Surgieron figuras como las de Alfonso Lamas y Mondino, que aprendieron en Francia y en USA, sobre todo el segundo. Junto con Navarro fueron de los primeros en operar en Latinoamérica la apendicitis aguda en su período inicial.

Ya en el siglo XX, se llegó al concepto fundamental de la necesidad de que los cirujanos se reunieran para cambiar ideas y, si fuera posible, constituir sociedades científicas como en Europa y USA. Dice Eco que la historia de los grandes hechos la hicieron pocos hombres y que configuraron, en definitiva, un verdadero complot.

En el cuarto de médicos de guardia del Hospital Maciel, liderados por Carlos Stajano y Manuel Albo resolvieron, en 1920, crear la Primera Sociedad de Cirugía del Uruguay. El año anterior se había formado sin éxito (sólo se reunieron dos veces en el Hospital Maciel) una Asociación de Cirujanos. Stajano habló claro: en la época se habían constituido en cada Servicio Quirúrgico, verdaderos «feudos». Eso ocurría con Navarro, Lamas (sucesor de Pugnalin), Lenguas, Iraola, Canessa y los ginecólogos Turenne, Pouey y Bottaro. Los discípulos se independizaban precozmente y así ocurrió con Lorenzo Mérola, Blanco Acevedo y Clivio Nario, entre otros. Con un número escaso de hombres adictos a la causa, con Satajano a la cabeza, se hizo el «complot». Como Condorcet y los enciclopedistas iniciaron la Revolución Francesa, que surgió además de algunas individualidades poderosas, Mirabeau, Lafayette y los clubes girondinos y jacobinos, con Robespierre y Marat. Y lo mismo sucedió con la Revolución Comunista, con Lenin acompañado de Bujarin, Trotsky y pocos más. Ese mismo año, se creaba el Sindicato Médico, con Turenne, Praderi, Butler, Tarigo, etc.

Para que no hubieran profesores excluidos de la reunión inicial, se quiso comenzar la actividad en «cancha neutral»; se eligió la Sala de Sesiones del Hospital Italiano. Y se produjo el milagro, impulsado por una astuta y sabia propaganda previa. Así acudieron a la cita los mejores cirujanos del país. Para que fuera más imparcial durante el primer año, el Presidente sería rotativo. Se cobraba una mensualidad de \$ 3.00 (claro, con un peso igual al dólar), que después se completó con \$ 10.00 anuales. El local que luego se eligió fue la entidad madre de la profesión, el Club Médico, en 18 de Julio y Río Negro, en los altos del London París.

Comenzó así una brillante sucesión de sesiones científicas con Presidentes que fueron sucesivamente: A. Lamas, A. Navarro, L. Mérola, D. Prat y así, los grandes profesores de la época.

Las primeras publicaciones se realizaron en los Anales de la Facultad de Medicina, pero después se fundó el Boletín, donde aparecían los trabajos científicos y las discusiones correspondientes. Los primeros años, el Secretario obligado fue Stajano, pero después vinieron con igual solvencia, Albo, Nario, etc. El Boletín tuvo varias etapas, recibiendo aportes de diversas instituciones y de los Congresos.

Hubo trabajos y discusiones memorables, entre los cuales citaremos:

- «Apendicitis crónica», Navarro versus Lamas, Blanco Acevedo, Nin y Silva y otros.
- «Tratamiento médico o quirúrgico en los bocios».
- «Hidatidosis», Velarde Pérez, Prat y, sobre todo, Del Campo y su famosa controversia con Dévé.
- «Iniciación de la cirugía de tórax», Armand Ugón.
- «Iniciación de la neurocirugía», Schroeder.
- «Cirugía cardíaca», Albo, Nieto (su famosa operación de herida de bala en 1907, con operación y curación).
- «Trabajos de radiología», Cunha, Barcia, Mezzera.
- «Participación de los Internistas», Varela Fuentes y sus trabajos sobre vías biliares-acidosis y alcalosis.

Venían con frecuencia cirujanos franceses que eran recibidos a menudo en la propia Facultad de Medicina: Duval, Leriche, Jean-Louis Faure, Sergent, y muchos más.

Argentinos, como R. Lavalle, Ivanissevich, que en 1934 ocupara por un mes la cátedra de Blanco Acevedo en el Hospital Pasteur, Landívar, Jorge, Romano, Comini, Mainetti, Etala, etc.

Comenzaron también su carrera científica, primero como auditores y después presentando trabajos científicos y participando en las discusiones los cirujanos jóvenes y muchas veces los propios estudiantes de medicina. Así se formaron Larghero, Enrique Lamas, Juan Carlos del Campo, Eduardo Palma, Piquinela, Yanicelli, etc. Fue muy importante el aporte de los ginecólogos y los primeros trabajos en nuestro medio de Pouey y Bottaro sobre radioterapia en el cáncer de cuello de útero.

Fue invaluable también el aporte que a gastroenterología dieron Varela Fuentes, y los radiólogos de la Escuela de Barcia, como Zubiaurre, Zerboni, Gorlero.

Del mismo modo, colaboraron los urólogos, como Surraco y E. Lorenzo que después constituyeron, con las demás especialidades, sus correspondientes sociedades científicas. En efecto de las sociedades "Madres" de Medicina y Cirugía fueron surgiendo lo que en el momento constituyen numerosas y bien calificadas sociedades científicas.

La Sociedad de Cirugía del Uruguay tuvo siempre una trayectoria brillante, que aunque se inició en un pináculo con los mejores cirujanos del país supo mantener su nivel, lo que ya era bastante difícil, y enaltecer a nuevas figuras que supieron estar de acuerdo con una herencia científica impecable.

En 1941, Stajano creó la «Agrupación Universitaria» en Agraciada y Mercedes y allí se mantuvo durante 40 años.

Desde un principio intervinieron con frecuencia cirujanos del interior. En ese sentido no podemos olvidar al primero de todos, Roldán, procedente de Paysandú y que presentara por los años 20 trabajos sobre hidatidosis. En el mismo sentido, se distinguieron Grille Cendán, de Salto, de donde procedían también Forrasi y Borthagaray, Barsabás Ríos de Tacuarembó, Braceras de Soriano, Pertuso de Rocha, Mautone de Maldonado, Cerruti de Colonia, C. Silveira de Melo, Gómez Gotuzzo de Artigas.

En 1950, y con el impulso sobre todo de Cendán, Ardao, Palma y el inolvidable Fernando Etchegorry, se crearon los **Congresos Uruguayos de Cirugía**. El primero, presidido por Héctor Ardao, y al cual concurrieron para enaltecer su prestigio las figuras señeras de nuestra cirugía, fundadores de nuestra Sociedad, 30 años antes, Navarro y Alfonso Lamas.

Los Congresos recurrieron a distintos locales, además de la Facultad de Medicina, el Hospital de Clínicas en su piso 19, la Sala 19 de Junio y, sobre todo, en los últimos años la hermosa Sala de la Intendencia de Montevideo. La Sociedad de Cirugía ya se había reunido en algunas ciudades del Interior, por ejemplo en Mercedes, como homenaje al Dr. Braceras, y lo mismo sucedió con Congresos de Cirugía que tuvieron igualmente un rotundo éxito. Entramos por fin en lo que se puede llamar «la época moderna», manteniendo la jerarquía científica de las comunicaciones de toda índole, que se siguieron presentando con total regularidad.

Como un capítulo especial se deben señalar temas, algunos de los cuales provocaron discusiones interminables, y otros que resultan casi increíbles. En ese sentido se deben señalar:

colectomías totales en la constipación;

empalamiento;

cuerpos extraños del recto (una botella de Coca Cola documentada por una radiografía asombrosa).

Este último tema motivó que se organizara en el Hospital Maciel un Museo de cuerpos extraños del recto, entre los que se contaba hasta una dentadura postiza y que lamentablemente fue destruido. Como curiosidad, una numerosa casuística de la fractura del calcáneo presentada por el Dr. Rolando con motivo del seudoderrumbe del Estadio Centenario en los años 30. Es interesante recordar las discusiones sobre anestesia, cuál era mejor si el éter o el cloroformo, ventajas de la anestesia local, problemas creados por la raquianestesia y sus peligros.

En todas las épocas hubieron «comentadores» famosos que señalaban con toda honestidad las virtudes y los defectos de los trabajos presentados, y demostrando casi siempre una información bibliográfica importantísima. En ese sentido, fuera de las figuras capacitadas citadas en los primeros años de funcionamiento de la Sociedad, se deben recordar las actuaciones de Chifflet, Etchegorry, Cendán, los hermanos Praderi, Walter Suiffet, entre muchos otros.

Felizmente, quedará para la posteridad una hermosa historia del fervor científico inagotable en muchos cirujanos, pero que además está impresa en los Boletines y en las publicaciones de los Congresos y que servirán para la consulta permanente de los jóvenes, configurando un recuerdo imperecedero y un pilar fundamental de nuestro acervo y tradición auténtica de la cirugía nacional.

Académico Dr. Jorge LOCKHART